

ENFOQUES DE LA ENSEÑANZA

Gary Fenstermacher
Jonas Soltis



Amorrortu Editores

Tercera edición

Buenos Aires, 1998

Este material se utiliza con fines
exclusivamente didácticos

ÍNDICE

Agradecimientos	11
Nota para el alumno y el profesor	13
1. Enfoques de la enseñanza	15
Tres docentes	15
Tres maneras de concebir la enseñanza	20
Educar personas	23
Una fórmula útil	26
2. El enfoque del ejecutivo	31
Conducir una clase	31
Tiempo para las tareas	36
Características de este enfoque	38
Críticas	41
La eficacia del docente	43
El Informe Coleman	46
Investigación sobre la enseñanza	48
Reflexiones adicionales	51
3. El enfoque del terapeuta	55
Diferencias individuales	56
Características de este enfoque	59
Raíces en la crítica social	65
Psicología humanista.....	68
El existencialismo	72
Reflexiones adicionales	74
4. El enfoque del liberador	79
Estudio de un caso	79
Características de este enfoque	81
Las “maneras” en la enseñanza	83
Virtudes morales e intelectuales	86
Rasgos de carácter	87
Formas de conocimiento	90
La liberación como emancipación	96
La propuesta de <i>paideia</i>	99
Reflexiones adicionales	102
5. Reflexiones sobre los tres enfoques	107
Educación y escolaridad	107
Realidades sociales y políticas	110
¿Cómo debería yo enseñar?	112
¿Diferencias irreconciliables o integración?	113
Reflexiones finales	115
6. Reflexiones para la tercera edición	121
¿Son compatibles los tres enfoques?	123
Revisemos el enfoque del ejecutivo	127
Revisemos el enfoque del terapeuta	133
Revisemos el enfoque del liberador	138
Los aspectos multiculturales de los distintos enfoques de la enseñanza	147
¿Cómo decidir el propio enfoque?	151
7. Casos y discusiones	155

Políticas de calificaciones	158
Una Persona Educada	161
Disparidad entre enfoque y escuela	163
El docente: ¿ingeniero o artista?	165
Aprendizaje individualizado	167
¿Cuándo el control es excesivo?	169
Dilema del cuaderno de ejercicios	170
Un nuevo equipo de ciencia	172
Necesidades individuales y necesidades sociales	174
Curar la timidez	175
¿Qué estándar deberíamos usar?	177
Enseñar literatura “relevante”	179
¿Maestra y madre?	181
Libertad y adoctrinamiento	182
¿Demasiado joven para ser crítico?	184
Educación para la vida	185
¿Libertad de expresión?	187
¿Cultura de masas o cultura de clase?	189
Aprender química mediante la discusión	192
Diferentes estilos de aprendizaje	194
Compatibilidad de enfoques	196
Competencia de cometas	198
Ensayo bibliográfico	201

5. REFLEXIONES SOBRE LOS TRES ENFOQUES

¿Está usted listo para decidir, o ya tomó una decisión? ¿Se siente confundido? Puesto que los tres enfoques parecen tan diferentes, incluso tan poco coherentes entre sí, tratamos de presentarlos de un modo que le exigiera a usted hacer una elección. Supongamos que usted está dispuesto a considerar cuál de las tres posiciones ha de adoptar. ¿Sobre qué base realizaría esa elección? Hay dos preguntas simples que usted debe formularse antes de decidir: ¿cuáles son las normas adecuadas para asignar la tarjeta de Persona Educada? y ¿cómo deberían calificar las escuelas a las personas para que estas puedan obtener esa tarjeta? ¿Dos preguntas simples? Tal vez no sean tan simples, pero tratar de responderlas lo ayudará considerablemente a clarificar su elección.

Educación y escolaridad

Por ejemplo, supongamos que usted cree que esas normas apropiadas para otorgar la tarjeta de P. E. son la competencia en habilidades básicas como la lectura, la escritura y el cálculo, y una buena educación liberal (esto es, $y = \text{conocimiento especificado} + \text{una mente liberada}$). Para usted, ambos objetivos son importantes. Pero además cree que la escuela sólo debería hacerse responsable de la parte de ese objetivo correspondiente al conocimiento especificado, es decir, de todo aquello que puede medirse y comprobarse de algún modo. Por lo tanto, aun cuando usted cree que una persona no está plenamente educada hasta que no logra liberar su espíritu, también cree que la escuela sólo puede ser responsable por la parte de ese logro que implica preparación en las habilidades básicas. La liberación de la mente, sostiene usted, es un proceso que dura toda la vida y que se va cumpliendo en el mundo que está más allá de la escuela.

Si esta fuera su posición, usted podría inclinarse por el enfoque del ejecutivo, una manera de encarar la enseñanza que promete preparar a los estudiantes en las cuestiones básicas de la manera más eficiente y eficaz. La selección parece justificada si tenemos en cuenta la distinción que usted establece entre educación e escolaridad. Quizá no deberíamos suponer automáticamente que las escuelas son responsables por todo lo que representa una buena educación. Otras instituciones como los museos, las bibliotecas, las iglesias y los centros de artes teatrales, así como los padres, los pares, los medios y la comunidad también contribuyen a la educación de un individuo. La enseñanza que brinda la escuela es sólo uno de los factores que contribuyen a que una persona logre su tarjeta de P.E.

Algunos desaprueban esta opinión y sostienen que la educación debe ser una actividad muy especial. No es algo que se adquiera aquí y allá, construida con un poco de esta experiencia y otro poco de aquella. Estas personas afirman que la educación debería encararse con el fin de *estructurar* las experiencias que vivimos y no como una experiencia más. El filósofo Harry Broudy lo dice de manera bastante terminante:

“Cuando las situaciones difíciles de la vida pueden resolverse con generalizaciones de sentido común, uno aprende viviendo; cuando el sentido común no basta, uno debe aprender asimilando el conocimiento descubierto y formulado por otros. ¿Hasta dónde pueden llegar hoy el sentido común y la experiencia personal en las reflexiones sobre la contaminación, la inflación, los problemas de la salud y de la paz?”¹

¿Reconoce usted el enfoque liberador en estas palabras? Probablemente Broudy no pretendería que todo lo que se necesita para obtener una tarjeta de P. E. de primera clase se encuentre en las escuelas, pero sí sostendría que lo que se encuentra en las escuelas debe ser absolutamente especial: no sólo un conjunto más de experiencias corrientes, sino el desarrollo de un conocimiento y una comprensión disciplinados que permitan a los estudiantes ampliar continuamente sus horizontes, afrontar los problemas y posibilidades de la vida en este planeta y adquirir un sentido de lugar en el pasado, el presente y el futuro del género humano. Ya dijimos (en el capítulo anterior) que alcanzar esos objetivos tan recomendables requiere que el docente indague las concepciones más elaboradas del conocimiento en las materias tradicionales y que tenga muy en cuenta el desarrollo de las maneras.

Ya le advertimos que esta perspectiva presenta problemas. Cuando estos nobles ideales se aplican en un sistema de masas, de escolaridad obligatoria, pueden tener efectos exactamente contrarios a los buscados. En lugar de promover una sociedad justa y solidaria, el enfoque liberador puede terminar –y frecuentemente lo hace– dando una gran ventaja a los muy inteligentes y más acomodados y ofreciendo un callejón sin salida a los pobres, a las minorías raciales o étnicas o a los menos capaces en el plano intelectual de cualquier

¹ Harry S. Broudy, *The Real World of Public Schools*, Nueva York: Harcourt Brace Javanovich, 1972, pág. 82.

población de estudiantes. Al parecer, el docente puede centrarse en los contenidos bajo la forma de nociones muy elaboradas en el plano cognoscitivo, pero a costa de dejar en el camino a esos mismos estudiantes que para muchos deberían ser precisamente los que reciban más ayuda de la escuela (porque los ricos e intelectualmente capacitados cuidarían de sí mismos o al menos así lo suponen quienes critican esta perspectiva).

Hasta ahora ninguna de las opciones parece terriblemente atractiva. Por un lado, podemos enseñar como ejecutivos, limitando el contenido a las habilidades y conocimientos básicos, ignorando el espacio vital del alumno en nuestro esfuerzo por trasladar eficiente y eficazmente x de la fuente al receptor. O podemos procurar liberar el espíritu del alumno explorando el conocimiento y desarrollando una manera a gran profundidad, sólo para terminar comprobando que los principales beneficiarios de este enfoque son aquellos que ya están aventajados económica y académicamente. ¿Qué podemos decir del enfoque del terapeuta? ¿Representa una solución a nuestro dilema?

Realidades sociales y políticas

No parece. En este enfoque debemos depender del estudiante para seleccionar el contenido y aceptar la guía del docente sobre el modo de alcanzar y dominar ese contenido. Como una cuestión social y política, ninguna sociedad moderna parece dispuesta a ofrecer a todos sus estudiantes elecciones de este tipo. En estas sociedades, las necesidades sociales y políticas normalmente tienen prioridad sobre las necesidades del individuo. Para muchas personas clave –los padres, los contribuyentes y los políticos–, el enfoque del terapeuta se presenta como una especie de anarquía. Para esas personas, la escuela es un lugar en el que los niños deben aprender no sólo conocimientos y habilidades básicos necesarios para funcionar en la sociedad, sino también el juego de la vida, es decir que no podemos hacer todo lo que elegimos hacer, que el destino y la imprudencia nos dan suaves caricias y duros golpes, y que el mundo no es un lecho de rosas.

El obvio atractivo personal de las posiciones humanista y existencialista no niega la influencia de las demandas sociales y políticas que se ejercen sobre las escuelas. El existencialista puede tener razón al afirmar que somos libres y que la única vida auténtica que podemos llevar es aquella cuyo camino elegimos constantemente. En realidad puede ser cierto que somos singulares y que no hay modelos a los cuales debemos adaptarnos ni moldes en los cuales se nos pueda hacer entrar a presión, y también puede ser que todo lo que vale la pena sólo lo podemos aprender por nosotros mismos y nunca a través de la enseñanza de otro. A pesar de estos elocuentes sentimientos a favor del individuo, somos, por una cuestión práctica, incapaces de enseñar de ese modo en las escuelas tales como estas son. Además, la posición del terapeuta presenta suficientes problemas teóricos y conceptuales para hacernos dudar de si realmente sería conveniente enseñar de ese modo en caso de que se nos permitiera hacerlo.

Este último comentario puede no ser justo. Como lo muestran las discusiones del capítulo 7, los tres enfoques, y no sólo el del terapeuta, presentan problemas de teoría y de concepto. Estos problemas se agravaron en la discusión precedente, al introducir en nuestras deliberaciones sobre las tres elecciones la cuestión práctica de lo que en realidad son las escuelas. Hasta este capítulo sugerimos que la elección correspondía a cada docente y que este podía hacerla basándose en las cuestiones de razón y de ética que podía evaluar. ¡Ah, si la vida fuera tan sencilla! También hay cuestiones prácticas. ¿Qué pretende la sociedad de sus escuelas? ¿Qué requerirán de usted los padres de sus alumnos? ¿No tienen acaso derecho a determinar el tipo de educación que han de recibir sus hijos? Y luego hay algunas consideraciones en apariencia tontas, pero vitales: ¿cómo lo evaluará a usted su director y cómo lo juzgarán sus colegas? ¿Qué determinará los aumentos de su salario? ¿Cómo sobrevive uno como docente?

¿Cómo debería yo enseñar?

¿Y ahora qué? ¿La posición que usted prefiere tiene en cuenta estas exigencias del mundo real y por lo tanto constituye una amalgama de teoría y realidad? ¿O usted siente que por ahora debería desconocer estas cuestiones prácticas, formular su posición en el plano intelectual y luego, en todo caso, modificarla al tener más experiencia? ¿O directamente debería tirar la toalla y dejar que la vida transcurra como lo decida la marea? Estos son dilemas espinosos porque ponen de relieve interrogantes esenciales que todo ser humano debe afrontar: ¿cómo debería vivir? Sólo que en este caso la pregunta es una derivación de esta otra: ¿cómo debería enseñar?

Comenzamos este capítulo diciendo que para seleccionar un enfoque de la enseñanza sería conveniente responder dos preguntas: ¿cuáles son las normas adecuadas para asignar la tarjeta de Persona Educada? y ¿cómo deberían calificar las escuelas a las personas para que obtuvieran esa tarjeta.? Esto

implica que usted puede responder a esos interrogantes por sí mismo sin hacer consideraciones adicionales sobre las realidades sociales, económicas y políticas del contexto en el cual enseñará. Sin embargo, hemos mostrado que esta implicación es incorrecta. Cualquier respuesta, para resultarle realmente útil, debe tomar en consideración estas realidades. Pero hay una diferencia crítica entre *tomar en consideración* las realidades y permitirles *determinar* qué enseñar y cómo.

Si usted parte de una clara concepción de lo que es la educación, tiene oportunidad de controlar muchas de las fuerzas prácticas que lo afectan, en lugar de ser una víctima más de esas fuerzas. Si usted tiene una idea sobre el propósito de la escolaridad, idea que ha elaborado reflexionando sobre la teoría y el ideal, puede modelar y dirigir esas realidades de manera tal que apoyen lo que usted aspira a brindar a sus alumnos. Esta actividad no siempre es una lucha entre sus ideales y las poderosas fuerzas negativas del mundo, porque en las escuelas ya hay mucho fundamentado en la buena teoría y los ideales elevados. Sin embargo, si usted no puede reconocer el lugar exacto donde está parado, difícilmente reconocerá lo que haya en ellas, bueno o malo.

De ahí que la primera tarea que debe afrontar todo docente es llegar a ciertas conclusiones sobre la naturaleza y el objetivo de ser una persona educada y el lugar que ocupa la escolaridad en el proceso de alcanzar esa condición. Estas conclusiones deberían ser puntos de vista sostenidos con firmeza, pero nunca con tanta fuerza que nuevas experiencias y comprensiones no los puedan modificar o aun eliminar. Las tres maneras de abordar la enseñanza que hemos explorado juntos aquí se ofrecen con ese espíritu: capacitarlo para que usted comience a formarse su propio concepto de educación y del lugar que ocupa la escuela en esta. Presentamos los tres enfoques como si fueran mutuamente excluyentes, pero lo hicimos únicamente como un modo de clarificar sus diferencias e ilustrar el poder y la atracción que tiene cada uno de ellos.

¿Diferencias irreconciliables o integración?

Después de todo, estos son sólo enfoques: diferentes maneras de pensar sobre la misma cosa, la enseñanza. Son perspectivas que nos proporcionan modos de ordenar un gran número de concepciones conflictivas, lo que nos permite ver más claramente las similitudes, las diferencias y los problemas que conviven dentro de la desordenada confusión de la teoría y la práctica educativas contemporáneas. Estos enfoques se basan en ideas teóricas y éticas que parecen oponerse entre sí en el plano lógico. No obstante, creemos que las fronteras lógicas que separan estas posiciones como construcciones académicas, como formas de pensar sobre la enseñanza y la educación, no tienen que constituir necesariamente barreras para la acción práctica.

Usted puede, por ejemplo, ser un docente ejecutivo en determinados momentos, un docente terapeuta en otros y aun un liberador en otros. En realidad, en la enseñanza parece haber situaciones que le piden obrar de ese modo. Está el alumno de cuarto grado que apenas si puede leer o escribir. Usted puede preguntarse cómo llegó a este punto, pero ahora es a usted a quien le corresponde enseñarle lo mejor que pueda. Quizá la mejor manera de ayudarlo es ejercitar las aptitudes técnicas del docente ejecutivo con la mayor habilidad de la que sea capaz. ¿Y qué hacer con la niña maltratada, que se queda mirando un punto fijo y apenas habla? Antes de poder transmitir cualquier tipo de *x* a esa niña, usted debe ayudarla a afrontar un mundo que la ha aplastado. Los alumnos más preparados para avanzar pueden beneficiarse con el enfoque liberador, explorar el conocimiento y las maneras tan profundamente como sus capacidades se lo permitan.

¿Esta última oración le molesta a usted? Era falsa y para provocar. Si usted utiliza el enfoque liberador sólo con los alumnos que ya están "más preparados para avanzar", usted puede agravar las condiciones de desigualdad de las escuelas. Luego, sólo los alumnos más capaces recibirían el contenido y la instrucción avanzados, y esto colocaría a los alumnos menos capaces en una situación de desventaja creciente. Existe un claro peligro para la educación si estas perspectivas se integran de cierta manera. Si usted concibe estos enfoques como opciones que puede seleccionar para los diferentes alumnos o para las diferentes situaciones, corre el riesgo de condenar a los estudiantes a categorías para la instrucción preestablecidas. Esto ocurre a veces en el caso de grupos de capacidad y en las divisiones que se hacen en las escuelas secundarias. Cuando se los agrupa de ese modo, los alumnos pueden quedar atrapados en la categoría que se les ha asignado. A los alumnos incorregibles les enseñan terapeutas que les permiten seleccionar por sí mismos lo que han de aprender (no porque creamos que es la forma correcta y conveniente de enseñar, sino porque no conseguimos que hagan ninguna otra cosa); los alumnos promedio son instruidos por profesores ejecutivos, de modo que adquieran las llamadas competencias básicas, y a los alumnos avanzados se los alienta para que indaguen profundamente el amplio espectro del conocimiento humano. Y así es como la brecha que separa a los alumnos incorregibles, a los alumnos promedio y a los alumnos académicamente capaces se amplía cada vez más. Una situación de este tipo justifica las acusaciones que

señala el emancipador, ya que esto es precisamente lo que quiere decir cuando menciona el carácter opresivo de la enseñanza y la capacidad que esta tiene de reproducir la cultura antes que de renovarla y recrearla.

Desde un punto de vista práctico, parte de esta diferenciación es una consecuencia inevitable de la buena instrucción, independientemente del enfoque que se utilice. Es decir, aquellos que están mejor preparados y son capaces de obtener más de la escuela avanzarán más veloz y eficazmente que aquellos que están menos preparados. La consideración absolutamente crítica es impedir que se determine de antemano quiénes ganarán y en qué porcentaje, enseñando a un grupo de niños según un enfoque que no les permite crecer en un sentido en el que otro grupo sí crece gracias a que con él se aplica un enfoque diferente.

Reflexiones finales

Probablemente usted ya ha imaginado hacia dónde estamos yendo. La naturaleza normativa de la enseñanza exige un compromiso con los principios educativos de valor, y cada una de las tres perspectivas que analizamos contienen elementos de valor. Si usted siente que su compromiso es lograr que sus estudiantes obtengan los mayores beneficios posibles de sus experiencias escolares, creemos que debe tratar de encontrar algún modo de aplicar los tres enfoques simultáneamente evitando al mismo tiempo los peligros que implica hacer semejante cosa. También creemos que en la práctica este objetivo no es tan imposible como lo sugieren las diferencias teóricas entre los tres enfoques. Tampoco es tarea fácil.

La integración requerirá una gran sensibilidad para comprender los factores que, en situaciones concretas, exigen un delicado equilibrio entre sus valores, sus propósitos y sus acciones. No hay recetas infalibles y puede ocurrir que no siempre las cosas salgan como uno desea. Por supuesto, usted puede decidir, con buenas razones, que las ventajas de adoptar una de las perspectivas exceden con mucho las desventajas de intentar la integración de las tres. Su elección de una visión normativa de la enseñanza debería basarse en su mejor juicio personal. Por eso en este libro le hemos ofrecido una consideración de los rasgos negativos, así como de los positivos, de cada postura. La decisión es suya. Finalmente, si nuestra posición es tentadora, será usted quien decida si vale la pena probar la integración. Nosotros sólo podemos ofrecer algunas observaciones que nos ayudaron en nuestra propia práctica y tratar de hacer honor a estos tres puntos de vista diferentes.

En nuestra opinión, las tres formas de encarar la enseñanza son esencialmente importantes para llegar a ser un buen profesor. Sin embargo, sólo el enfoque liberador nos suministra un amplio fundamento teórico para la actividad general de la enseñanza. La postura liberadora tiene la ventaja de su edad (ha estado “en desarrollo” desde la época de Sócrates) así como de su integridad (ningún otro enfoque ha expresado tan plenamente una visión de la conducta racional y moral con relación a la naturaleza de la educación). Para nosotros, esta perspectiva específica más que las otras dos lo que importa para alcanzar la condición de Persona Educada. Como tal, esta perspectiva sirve como piedra basal para guiar nuestro trabajo docente.²

Sin embargo, como ya lo señalamos, la orientación liberadora contiene peligros que le son inherentes. En muchas de las versiones de sus defensores, esta perspectiva es insensible a las diferencias humanas y se la prescribe de manera demasiado rígida. Aparte de esta debilidad inherente, esta postura tiene una desventaja estructural importante: es fácilmente adaptable como un instrumento para mantener los privilegios de clase y para engendrar diferenciaciones destructivas basadas en la riqueza, el poder, los antecedentes culturales, la raza o el sexo. Los emancipadores rindieron un gran servicio al señalar el lado oscuro de la educación liberal, pero no ofrecieron una alternativa educativa ni remotamente tan profunda y completa como la que proponen reemplazar. Y en cierto sentido querríamos verlos luchando por aplicar bien la educación liberal, sin los efectos nocivos que documentaron tan sesudamente.

Si fuera posible educar a todo el mundo en ámbitos formativos definidos, tales como familias nucleares que brinden sus cuidados agrupadas en comunidades pequeñas y cohesivas, el enfoque liberador no sólo serviría como piedra basal de la enseñanza: también sería una guía suficiente para que el docente lograra éxito en su tarea. Pero no vivimos en una época de ámbitos formativos con adultos comprometidos. Los cambios producidos en la demografía y la estructura social trajeron consigo demandas crecientes para que las escuelas ofrezcan a la mayor parte de los niños y jóvenes lo que antes solían ofrecer los padres, las iglesias y las comunidades. Para enseñar con éxito en los sistemas de escolaridad que existen hoy son necesarios los enfoques del ejecutivo y del terapeuta. Ambos ofrecen perspectivas y métodos que permiten a los docentes ejercer una práctica efectiva y humana en las complejas y altamente diferenciadas aulas actuales.

² Para una exposición más detallada de la idea de que enfoque liberador tiene más fundamento, véase Jonas F. Soltis, “The Virtue of Teaching”, *Journal of Thought*, otoño de 1987, págs. 61-7.

Volviendo nuestra atención a la fórmula $D\phi Exy$, las posturas del ejecutivo y del terapeuta asignan gran importancia a la definición de ϕ , aunque no tanta a la definición de y (salvo que el concepto de autenticidad del terapeuta es, creemos, una contribución destacada a los propósitos de la educación). El modo liberador de abordar la enseñanza atribuye, en contraste, gran importancia a la definición de y y, si bien contribuye a definir el modo de ϕ atendiendo a la “manera”, gran parte de esto debe inferirse de opiniones teóricas sobre la naturaleza de la mente, el conocimiento, la virtud y la acción humana.

La orientación ejecutiva exige del docente una habilidad técnica. Esta no necesariamente debe utilizarse sólo para trasladar una x altamente especificada de una fuente a un receptor, aunque se lo suele expresar así porque con frecuencia el material curricular altamente estructurado y las exigencias de los exámenes estandarizados parecen requerir la aplicación del enfoque ejecutivo. No obstante, usted puede aprender técnicas útiles, desarrollar aptitudes pedagógicas efectivas y contarse entre quienes ofrecen una instrucción eficaz sin perder el derecho de aprovechar las oportunidades de explorar las áreas de contenido en profundidad, poner énfasis en la estructura y la intercalación de los conocimientos y adoptar una “manera” tendiente a fortalecer las virtudes morales e intelectuales.

Algo bastante semejante puede decirse de la perspectiva del terapeuta. Llegar a conectarse con la vida personal de los alumnos no significa que uno deba abandonar un serio compromiso con su desarrollo académico. En realidad, en el caso de muchos de los niños de escuela actuales uno no puede comprometerse seriamente con su desarrollo académico sin conectarse de algún modo con la vida que llevan fuera del ámbito escolar. En la perspectiva del terapeuta, el objetivo del docente va mucho más allá de lograr que sus alumnos adquieran conocimientos y habilidades. Este profesor quiere también capacitarlos y fortalecerlos para que puedan utilizar, interpretar y ampliar lo que aprenden de manera de aumentar su propio sentir de identidad y significación. Para el terapeuta, la sabiduría de la humanidad no puede convertirse en sabiduría para los alumnos salvo que ellos puedan apropiarse de ella por sí mismos, elaborándola por y para ellos mismos.

De ahí nuestra convicción de que, si bien puede haber contradicciones entre estos enfoques en el nivel del concepto o la teoría, no necesariamente debe haber oposición en el nivel de la práctica. Si usted tiene una profunda y bien enunciada opinión de lo que debería ser una persona educada, estará preparado para la más importante de las decisiones que pueda tomar un docente. No se debe adoptar un enfoque de la enseñanza solamente porque se ajuste bien al espíritu de la época o porque funcione bien en su aula o porque la junta escolar o el director de la escuela lo promulguen. Esos son fundamentos débiles e insuficientes para la elección crucial sobre el modo de enseñar.

De modo que finalmente, si usted tratara de integrar su propio enfoque de la enseñanza, debería procurar liberar no sólo la mente sino también el corazón y el espíritu. Para hacerlo, quizá deba faltar a la pureza teórica de las tres perspectivas e indagar profundamente en lo que la criatura humana piensa que sabe y dentro de usted mismo a fin de averiguar qué significa lo sabido para usted y cómo lo vivirá. Y deberá hacerlo *por* sus alumnos, *ante* sus alumnos, para que ellos puedan ver las “maneras” de una persona educada y puedan elegir si quieren formarse según ese modelo. Entonces habrá llegado a ser un auténtico docente.